

Diez años después de un día para jamás olvidar

Juan Pablo II, en Mendoza

Aquella tarde del 7 de abril de 1987 fue para Mendoza distinta, única, irrepetible. No era para menos. Llegó Juan Pablo II, el incansable peregrino del amor y la paz.

Nada aún lo igualó. Quizás en este siglo será irrepetible. Fue un espectáculo único, para no olvidar jamás. Sólo para vivirlo con el corazón y los sentimientos más profundos. Para aceptarlo con la fe.

La visita a Mendoza de Karol Wojtyla, el sacerdote que llegó al trono de Pedro de la roja Polonia, integra esas páginas que perduran en los tiempos. Fue en una tarde muy mendocina, con ese solcito de abril, que no se decide a ser del verano o del otoño.

Desde el aeropuerto internacional El Plumerillo a los accesos Este y Sur, se apiñaron integrando una serpenteante senda humana casi medio millón de hombres, mujeres y niños. Venían de todos los espacios de Mendoza, San Juan, San Luis, Catamarca, La Rioja...

LOS ANDES dijo en su primera plana: "Un multitudinario acto presidió Juan Pablo II en esta provincia". La bajada y el segundo título daban otras postales del acontecimiento. "Más de 400.000 personas asistieron a la trascendental ceremonia religiosa" y "Destacó la paz con Chile y la misión de la familia".

No menos significativos eran los primeros tramos del comentario: "el multitudinario acto que reunió a una cantidad de personas, sin precedentes en la historia cuyana, se caracterizó por un renovado fervor religioso, la emoción de los fieles y, sobre todo, por una espontánea y unánime adhesión al Santo Padre".

Ese clima embargó al Sumo Pontífice y lo trasuntó con muestras de alegría y emoción. Fueron tan profundas las vivencias que culminó su mensaje con una alusión a nuestro pueblo y la grey. Fue un cálido: "Mendoza es muy, muy hermosa".

Junto al Ande...

Juan Pablo II tocó tierra mendocina -martes 7 de abril de 1987- en el aeropuerto internacional de El Plumerillo a las 16.52. El coro Universitario de Mendoza dirigido por Felipe Vallesí, lo recibió con "Tu eres Pedro", compuesto especialmente por Elifio Rosáñez y "Virgen de la Carrodilla", el himno de nuestras vendimias. Las banderas al viento, las salvas de aplausos y los vivas se extendieron en el ambiente.

Los primeros saludos fueron de los preladados y las autoridades civiles de las tres provincias cuyanas. El carisma del Papa resaltaba por encima de todo. Su rostro calmado, sereno. Su blanca figura. Era el centro para mirar, para retener como esas fotos familiares que nos marcan para siempre.

Junto a los monseñores Cándido Rubiolo y Rafael Rey abordó el "Pamamóvil". Antes había protagonizado un acto que sorprendió. Rompiendo el severo protocolo regresó al tiempo del sacerdote obrero que ce-



FOTO ARCHIVO LOS ANDES

De la ceremonia en la intersección de los accesos Este y Sur participaron casi medio millón de hombres, mujeres y niños. Venían de los cuatro puntos cardinales del país.



lebró su primera misa en noviembre del 46, para saludar al coro que le había dedicado canciones de su tierra. Entre ellas una de cuna, en la que la madre anticipa la enseñanza de las oraciones cristianas.

Los once kilómetros entre la aerostación y la intersección de avenida Vicente Zapata con el acceso Este constituyeron una fascinante cinta humana. A la vera se destacaban las carrozas vendimiales, estacionadas como homenaje de los cosechadores.

Cuando ingresó al puente donde se había montado el escenario para la ceremonia litúrgica, más de cuatrocientas mil personas vibraron al unísono. Monseñor Rubiolo le expresó que "estaba junto al Ande, testigo del solemne juramento de paz con nuestra hermana nación de Chile" y le participó de la promesa de los mendocinos de "construir un seminario en la Provincia como verdadera fragua para forjar apóstoles de la paz, que prolonguen en el tiempo vuestra augusta misión de mensajero de la paz".

Un mundo más humano y cristiano

El mensaje pastoral "La paz, don de Dios que se conquista cada día" fue interrumpido varias veces por los aplausos. La mayor intensidad llegó cuando abogó por un "mundo más humano y

cristiano" y realizó una fervorosa defensa de la familia. También advirtió sobre la "desintegración del matrimonio".

La entrega de las ofrendas de la tierra: vinos, frutas y hortalizas, le permitió una vez más apartarse de lo litúrgico para saludar fraternalmente a los portadores.

El final de la ceremonia fue para muchos indescriptible. Bendijo a la multitud, besó a dos bebés y en un lento caminar recorrió el trayecto hacia el "Pamamóvil".

El retorno a El Plumerillo adquirió el calificativo de imponente. Los testimonios de quienes participaron de esos momentos son relevantes. Dicen que la adhesión popular superó a la que le dio la bienvenida en su tránsito hacia la ciudad.

Antes de abordar el avión que lo llevaría a Córdoba, saludó a los responsables de la organización del acto y

"Una ceremonia muy hermosa"

En respuesta a los miles y miles de mendocinos que coreaban al concluir la ceremonia en el prado de la Virgen "Juan Pablo II, te quiere todo el mundo", el Peregrino de la Paz respondió: "El Papa quiere decir que esta ceremonia en Mendoza es muy, muy hermosa... Adiós...". El breve mensaje provocó una impactante aclamación. Después se detuvo para besar a dos bebés. La muchedumbre expresaba con insistencia: bienvenido... bienvenido...

dedicó unos minutos para los minusválidos.

A las 19.20, todo estaba por concluir. La historia se detendría por un instante. Karol Wojtyla, el polaco peregrino, había compartido durante tres horas la misma tierra que en 1824 pisó el padre Juan María Mastai Ferretti y en 1932 el cardenal Eugenio Pacelli. Con el tiempo el primero fue Pío IX y el segundo Pío XII. Pero había una sustancial diferencia. Juan

Pablo II era Papa reinante.

De aquel abril del '87 quizás hoy no perduren o estén ausentes en el medio millón de cuyanos que recibió al pastor de la Iglesia Católica esas visiones que forman los detalles. No es para menos, han pasado diez años. Lo que nadie podrá olvidar jamás son las sensaciones recepcionadas con el corazón pegado al de Juan Pablo II.

Sí, las sensaciones de aquel 7 de abril del '87. El día que Juan Pablo II llegó a Mendoza como peregrino de la Paz.

Qué nos dijo y nos dejó el Mensajero de la Paz

I. Su visita

Hace una década visitaba Mendoza el Santo Padre en el marco de su viaje apostólico a Chile y la Argentina.

Nuestra provincia se conmovió en sus fibras más profundas por tan ilustre llegada, contando así con un privilegio muy especial que nunca había tenido. Vino como Peregrino de la Paz, el amor y la justicia, a esta porción de la humanidad que vive en Cuyo. Su tiempo entre nosotros fue de pocas horas, pero lo suficiente como para comprender su grandeza humana y de hombre de Dios, compartir la celebración religiosa y decirnos un mensaje no muy extenso, pero cargado de hondo significado para el camino de la paz.

II. Su mensaje de paz

Sus palabras fueron para poner de relieve el valor de la paz y cómo ella, si bien es un don de Dios, requiere el esfuerzo diario de los hombres para construirla y conservarla.

Anotamos algunos de sus párrafos más destacados. a) Quiero dar gracias al Príncipe de la Paz, decía, por habernos protegido contra la fuerza destructora de las armas en el conflicto argentino-chileno. Tenía presente la cuestión del Beagle donde fue augusto mediador.

Es más, puso de ejemplo ante el mundo, cómo el diálogo y la negociación pueden resolver los conflictos y diferendos entre los hombres, sin tener que recurrir a la violencia.

Hay plena actualidad de esta enseñanza ante un nuevo diferendo que ha aparecido en los últimos tiempos.

b) Nos invitó a todos (argentinos y chilenos) a hacer propio el juramento de paz estampado al pie del monumento enclavado en plena cordillera: "Se desplomarán primero estas montañas antes que argentinos y chilenos rompan la paz jurada a los pies del Cristo Redentor".

c) Elogió la que denominó excepcional labor de obispo argentinos y chilenos en la búsqueda de la solución a aquel diferendo.

d) La paz exige, recordó, tomar una decisión clara ante situaciones que mortifican la dignidad del hombre: la injusticia, la mentira, la demagogia, la droga, el aborto, la tortura, el terrorismo, el divorcio, las condiciones inhumanas de vida, los trabajos degradantes.

e) Nos transmitió el gozo que le causó, el saber que, en Mendoza, se había realizado como reflejo de su encuentro en Asís con los líderes religiosos de otros credos, una jornada interreligiosa de plegaria por la paz.

f) La paz llegará a las instituciones, como incesantemente ha enseñado la Iglesia, pasando previamente por el corazón de las personas, y que no se pacificará la sociedad, si antes no se han pacificado las conciencias.

g) En este trabajo por la paz la familia tiene un papel de primer orden. Cómo puede existir paz en una nación, se preguntaba, si las familias están divididas y no fueren capaces de superar conflictos en esa célula básica de toda convivencia aceptando la desintegración del matrimonio.

h) Predicó que hay valores que son soportes de la vida social pacificada. Destacó así el orden, pero no tanto el exterior, sino

una jerarquía interior de valores reflejo del orden impuesto en la sociedad humana por Dios.

Puso especial énfasis en marcar la trascendencia de la justicia, el amor a la libertad, la fortaleza, y la caridad en la construcción del orden social en concordia.

i) Insistió en que la persona humana es el centro de todo adelanto social y que ella tiene importancia prioritaria sobre las cosas por su dignidad, creada a imagen de Dios.

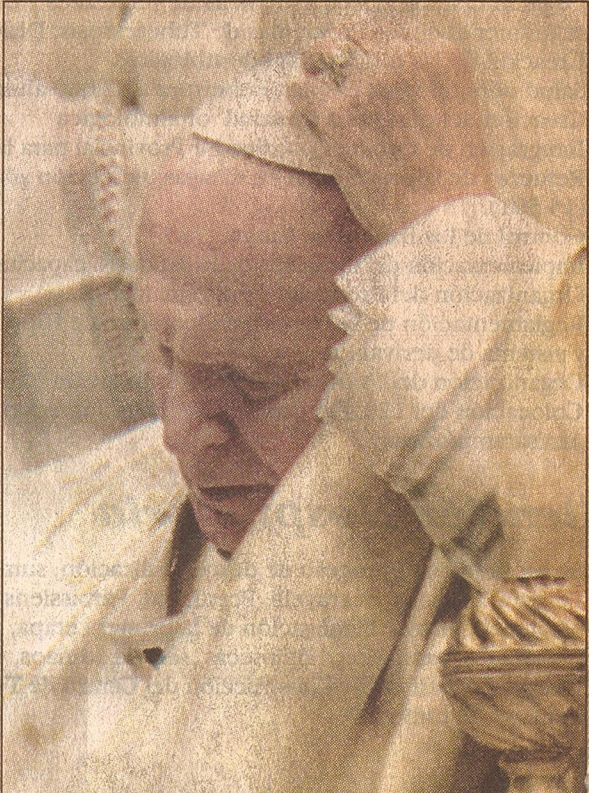
Por ello, recordaba las enseñanzas de la encíclica "Populorum Progressio" del Papa Paulo VI, que hizo comprender que el desarrollo económico está al servicio del desarrollo integral de la persona, siendo ese desarrollo una clave imprescindible para la construcción de la paz.

III. La paz es posible

Concluía señalando que era posible construir una paz genuina fundada en la preeminencia de la persona, dando eficacia histórica, económica y política a la Doctrina Social de la Iglesia. Ello es posible, afirmó, porque como ya lo había dicho Paulo VI: la Doctrina Social de la Iglesia posee el carisma interior de la verdad; conoce e interpreta la naturaleza del hombre y del mundo.

Es posible si hombres inteligentes y generosos se comprometen en la gran empresa de la edificación de una sociedad justa, libre y cristiana.

Nos exhortó cordialmente al esfuerzo: "Queridos mendocinos y cuyanos, esa fortaleza humana que habéis demostrado tantas veces para transformar el desierto en un oasis, y para levantar vuestros campos ante la adversidad de plagas, heladas y terre-



mos, demostrada también en hacer crecer el fruto sabroso de la paz y de la concordia nacional y universal".

En síntesis, marcó un camino arduo pero seguro a recorrer para lograr y conservar la paz en el interior de las naciones y en las relaciones entre los pueblos. Las enseñanzas que nos dejó, no fueron propias de una coyuntura histórica, sino de eternidad.

Pedro José Lella, de la Comisión Nacional de Justicia y Paz